

LA NOVELA SEMANAL



La Voluptuosidad del poder
Por Pedro Sonderegger

PRECIO: 10 Centavos

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

2^a Parte

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARA

“El Tul Violeta” de la Señora del R. de Orlandiz
(OLGA WIRTZ)

Conocida periodista en la República O. del Uruguay y autora de la novela “MI HERMANO JORGE”. Esta distinguida escritora ha preparado un trabajo especialmente para nuestra publicación, el cual por su amenidad y belleza ha de complacer a nuestros numerosos lectores.

SUCESIVAMENTE

22. **La Degollación de los Inocentes.**

de Attilio Chiappori

Autora de “BORDERLAND” y otras obras, justamente elogiadas por la crítica.

23. **El Apostol del Ayuí**del afamado literato **JUAN JOSÉ DE SOIZA RELLY****La Voluptuosidad del poder**

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

PEDRO SONDEREGUER

PARTE SEGUNDA

Como se triunfa

IV

En el instante en que Amalia de Vegairene se disponía a salir con el objeto de visitar a algunos menesterosos a quienes prestaba su caritativa ayuda, una criada conducía a Diana de Luis a la sala. No obstante la diferencia de edades, existía entre las dos damas una amistad íntima y sincera. Sería mejor decir que precisamente esa diferencia hacía posible tan completa intimidad. Las dos mujeres se besaron mutuamente en las mejillas, con afecto. Después que ambas se hubieron sentado, dijo la que llegaba:

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

—Entre mi confesor y usted, la he preferido a usted. Estoy inquieta, porque veo amenazada mi tranquila felicidad de doce años.

—¿Es ello tan grave? — interrogó, curiosa, Amalia de Vegairene.

—¿No es acaso el amor siempre grave? Si lo que yo siento no es amor, es algo capaz de volverme loca. Loca de amor o a pesar del amor.

Al decir esto, Diana de Luis, que se había exaltado repentinamente, fijó la mirada en las dulces pupilas azules de su interlocutora. Sus ojos, como dos chispas de sol, despedían un fulgor intenso que hacía suponer que se acercaba la hora de la profunda tragedia interior que el destino depara a todo ser humano.

—Explíquese usted, mi querida amiga — murmuró Amalia de Vegairene. — No ha de ser tan terrible lo que le sucede. Su imaginación debe estarle jugando una mala partida.

Diana de Luis movió su hermosa cabeza de un lado a otro, en señal de negación. Se quedó pensativa un breve rato y dijo finalmente en tono ya sereno:

—Mi imaginación no entra en el juego, sino mi corazón, y esto es lo que me preocupa. Hace mucho tiempo, unos tres lustros, amé profundamente a un hombre cuyo aspecto físico y cuyas condiciones morales respondían, respectivamente, a mi ideal y a mi índole ambiciosa. Por razones que no es necesario enumerar, aquel hombre se ausentó del país y su recuerdo fué poco a poco esfumándose en mi mente. Me casé años después, como usted sabe, y me fuí a residir a Tucumán, centro de las actividades políticas y comerciales de mi marido. Luego olvidé mi amor de adolescente y aunque al volver a Buenos Aires lo ví varias veces, su presencia no logró despertar mi antiguo sentimiento. Estaba envejecido y yo había amado a un hombre joven. Por otra parte, mis ambiciones de soltera han sido satisfechas con exceso; de modo que ni siquiera he debido arrepentirme de la elección de marido que efectuara.

—¿Cuál, entónces, el motivo de su pena?

—En el baile dado por Elisa de Campo Verbel me encontré con ese hombre, que me demostró una afición inesperada. Me habló de su vieja pasión y trató de hacerme creer, no sin cierta elocuencia, que en los años transcurridos no me había olvidado ni un segundo. Acogí sus palabras con frialdad y rechacé sus declaraciones de mal modo. Cuando le daba a comprender en forma harto expresiva mi deseo de que no insistiera, acercóse a nosotros un joven arrogantisimo y hermoso, que, después de disculparse, pre-

guntó no me acuerdo qué a mi canoso enamorado. Aquel mozo produjo en mí un efecto indescriptible. Su porte distinguido, su expresión, su atrevida mirada y sus maneras exquisitas, causáronme una impresión conocidísima que hacía largo tiempo había olvidado. No era una impresión nueva, sino renovada. Era el vivo retrato de mi actual impertinente enamorado. Realizóse la obligada presentación: aquel joven era su hijo.

El acento de Diana de Luis iba adquiriendo gradualmente marcados matices de calidez y emoción.

—El mozo, que ignoraba sin duda las pretensiones de su padre, empezó a cortejarme con discreción y excelente tino. Como si el recuerdo dejara de ser tal para convertirse una vez más en realidad, viví la misma vida de antes. Nada en él me era nuevo y antes de una hora de conocerlo, me sentí tentada a tratarlo con igual familiaridad que a mi casi novio de otros días. Nuestra amistad, desde el principio, me ha resultado sencillamente la prolongación de un idilio.

—No es difícil — comentó Amalia de Vegairene — que a él le ocurra algo parecido, ya que es probable que haya heredado de su padre la inclinación a un determinado tipo de belleza. Si esto fuera así, estarían ustedes, por un extravagante capricho de la vida, viviendo enteramente en el pasado.

—Lo ignoro y no quiero investigar. Comprendo que soy presa del mismo sentimiento que antes me empujara y que, si entonces tenía como freno la esperanza de un matrimonio afortunado, freno que aquietaba mis impulsos, tengo ahora, en cambio, como estímulo terrible, la promesa de una dicha soñada. Acudo a usted en busca de consejo.

Amalia de Vegairene, con piedad en el alma y en los ojos, tomando entre las suyas una mano de su amiga, se expresó de esta manera:

—Tiene usted, si no me engaño, la edad de Jesucrito. Edad en que se está preparada para todos los dolores y en que el dolor, si viene, nos madura para los grandes hechos y para la resignación. Tal edad, para la mujer, es dos veces fatal: por el dolor y por el placer. La mujer de treinta años ha sido ensalzada por poetas y novelistas. Ello se debe a que es la mujer perfecta por su experiencia, por su desarrollo y por lo hondo y delicado de su sabiduría. Más como no hay perfección inútil, pues ni la perfección de la belleza, si se realizara, lo sería, lógico es suponer que en la mujer que ha cumplido esa edad exista una tendencia

poderosa a hacer el regalo de sus méritos. Guárdese, pues, de su edad.

—¿Y cuál ha de ser mi conducta?

—En su situación no hay más que estos caminos: huir o caer, que son dos maneras de ser desgraciada.

—¡Huir! — gritó Diana de Luis. — ¿Es eso posible?

—Ciertamente, aunque es más fácil caer — repuso Amalia de Vegairene y su tono fué horrible como un tajo.

—Huir sería una cobardía.

—Ese argumento es inspirado por la pasión misma. Advierto que está usted definitivamente enamorada. Opino que las mujeres cobardes en amor son despreciables y odiosas, porque no son felices ni hacen felices a los que aman. Pero en su caso la huida es una defensa.

Sobrevino un silencio penoso, que fué roto por Amalia de Vegairene, que interrogó, curiosa:

—¿Ha visto usted a ese joven después de la noche del baile?

—En varias ocasiones: un miércoles en mi casa, en el teatro Colón después, y últimamente en una de las avenidas de Palermo, donde cometí la imprudencia de detener mi coche para permitirle que me saludara.

—Ama usted y comienza a sufrir. En amor la dulzura nos amarga la vida.

El diálogo fué interrumpido por la llegada de Conrado Brassa, que iba a despedirse, pues varios días más tarde se embarcaba para Europa con el propósito de presentar una memoria a la Sociedad Geográfica de Londres, sobre los resultados de su viaje de exploración al polo.

—Tenía conocimiento de su partida y esperaba que viniera a verme — dijo Amalia de Vegairene cuando el geógrafo hubo expuesto el motivo de su visita. — ¿Permanecerá usted ausente mucho tiempo?

—Lo ignoro — contestó el interrogado. — Haré todos los esfuerzos imaginables por regresar pronto a este país, que es mi segunda patria. Me radicaré aquí para siempre. No pienso efectuar ninguna otra expedición. Soy ya viejo y necesito reposo. He cumplido mis deberes para con la humanidad en la mejor forma que lo permitían mis fuerzas y he ligado mi nombre a algunos descubrimientos. Que otros más jóvenes y más inteligentes continúen la obra.

Luego, dirigiéndose a Diana de Luis, añadió:

— No sospeché nunca hallar tan bella oportunidad para presentarle mis respetos, rogándole al par que salude en mi nombre a su marido. Es usted una mujer feliz, pues está unida a un hombre extraordinario. En cada uno de mis viajes a Buenos Aires he encontrado a Sancho de Luis en posición más alta y no me sorprendería verlo, a mi regreso, en la presidencia de la república. Se habla de él como de un candidato indiscutible.

La hermosa dama pronunció casi entre dientes una frase cortés. Llamarla feliz en el momento en que ella sentía su dicha amenazada, le resultaba insoportable. Y Conrado Brassá le pareció grotesco.

— En efecto, — apuntó Amalia de Vegairene, creyendo hacer un servicio moral a su amiga, dirigiendo su atención hacia la evidente grandeza de su esposo, — Sancho de Luis es hoy la personalidad más descollante con que cuenta la república. Por su talento, por su energía y por su elocuencia se ha impuesto a la admiración de la mayoría. Todo cede a su paso, todo se inclina ante él, y los mismos ataques que recibe no son sino el homenaje que le rinden la envidia, el temor y la ambición de los demás. Se diría que marcha por una senda de victoria tomado de la mano por el propio destino.

— La naturaleza — volvió a decir, Conrado Brassá, que era pedante como el noventa por ciento de los hombres de ciencia — ha dotado a todo ser viviente, animal o planta, del intenso anhelo de no perecer nunca. Esta ansia de perdurar, que es una fuerza incontenible, manifiéstase en todos los actos de los seres. Una vida no es más que la historia del deseo de llegar a mañana. Animado por esa ansia poderosa, un hombre vulgar se rodea de comodidades para seguir existiendo; un hombre de excepción busca la gloria. Sancho de Luis es de los excepcionales. Desde el principio de su carrera ha puesto en evidencia la energía de su empuje y la nobleza de sus aspiraciones. Es de los que quieren sinceramente la gloria y de los que logran satisfacer el ansia inconmesurable de perdurar, ansia que en ocasiones inspírame la idea de que es algo que tenemos en común nosotros y el universo. El espectáculo de su noble luchar ha provocado mi admiración. Siempre es admirable la existencia de los hombres en quienes se manifiestan en todo su vigor las fuerzas primordiales de la naturaleza.

En la divina boca de Diana de Luis pudo advertirse un brevísimo gesto de disgusto. Amalia de Vegairene lo notó y compren-

dió entonces que el mal que aquejaba a la deliciosa mujer era irremediable.

V

Ernesto Marbi y Hugo Silverfield eran viejos conocidos. El periodista había llevado a su casa, como a todos sus amigos, al hijo del millonario y esta circunstancia, unida a la sonriente obsequiosidad de la esposa del primero, creó entre ellos una especie de baja intimidad. Hugo Silverfield despreciaba a Ernesto Marbi por su falta de moral y Ernesto Marbi despreciaba a Hugo Silverfield por su falta de carácter. A pesar de este mutuo desprecio, solían pasar largas horas en amena charla y cenaban con frecuencia juntos en los restaurantes de moda.

Juvenal Reyser sabía de esta amistad y pensó aprovecharla. Enterado del fracaso del banquero en su tentativa por reconquistar a Diana de Luis e informado por Carmen de Rigau del éxito del hijo, insinuó al redactor de *La Noticia* la conveniencia de inducir a Hugo Silverfield a que influyera, por medio de la esposa, en el ánimo del jefe reformista. La insinuación no la hizo directamente, sino valiéndose del propio millonario, porque gustaba de guardar en secreto sus maniobras y desconfiaba de la discreción del periodista.

La conversación sobre el asunto tuvo lugar en un café de la Avenida de Mayo. Hugo Silverfield opuso alguna resistencia. No quería él intervenir para nada en los asuntos de su padre ni deseaba que la mujer de quien estaba realmente enamorado supusiera que era el interés de conseguir su ayuda lo que le había guiado al cortejarla. Además, le parecía indigno y mezquino tener que recurrir a una señora para conseguir la aprobación de tan importantes planes. Planes como el famoso proyecto ferroviario no necesitaban defenderse, porque su trascendencia era bastante para que obtuvieran sin esfuerzo la sanción de las personas sensatas. A su juicio, lo mejor que podía hacer su padre era entrevistarse con Sancho de Luis y tratar de convencerlo de los ingentes beneficios que reportaría al país el ferrocarril proyectado.

—Estoy seguro — terminó diciendo — que si le demuestran esos beneficios, el jefe de la mayoría será el más decidido defensor del zarandeado plan, porque Sancho de Luis es un patriota.

Ernesto Marbi meditó un segundo y comenzó:

— Está usted en situación y en edad de intervenir en los negocios de su padre. Y si en esta combinación su padre se arruinara, quedaría usted convertido en un guñapo social y esa dama que ahora ocasiona sus desvelos no haría de usted el menor caso. En cuanto a lo que ella pueda suponer, debe tenerle sin cuidado. Es esta para usted una oportunidad inmejorable de comprobar si es por ella sinceramente amado y si es ella capaz de realizar un pequeño sacrificio por su causa. Por otra parte, no ha sido, no es ni será jamás indigno recurrir a una mujer para lograr un fin cualquiera. ¿Acaso las mujeres no son también seres humanos? ¿Qué motivo hay para que no participen de las graves cuestiones de los hombres? Si usted ama a esa señora tanto como dice, está actualmente en condiciones de elevarla en su propia estimación, impulsándola a representar un papel importantísimo en el desarrollo de un asunto de enormes proporciones. Los hombres de genio de la historia, esos inmensos espíritus dinámicos a que rendimos culto fervoroso, no han vacilado, cuando creyeronlo indispensable, en utilizar a las mujeres si con ello abrían nuevo horizonte a su ambición. Todo el mundo conoce las relaciones de Josefina con Barras, que fué quien nombró a Bonaparte general en jefe del ejército de Italia. Mirabeau sostenía que lo que es necesario debe hacerse, y en esto estribó el gran secreto de su fuerza. Lo que yo le aconsejo es necesario.

— ¿Por qué no se dirige mi padre a Sancho de Luis?

— Por una razón sencillísima. Se ha aseverado, ignoro si con fundamento, que el autor de la combinación es Juvenal Reyser, un político a quien el partido reformista detesta cordialmente. Como hasta ahora Juvenal Reyser ha mantenido en reserva su opinión sobre el proyecto, la versión circulante no puede ser desmentida.

— Pero si un plan es bueno, todos deben aceptar su conveniencia.

— Eso será cuando cambie la naturaleza humana. En los congresos se trabaja más en provecho de los partidos que por la patria. Para crear dificultades a un gobernante, un parlamento es capaz de comprometer el decoro, el bienestar y la seguridad del pueblo que lo eligiera. Entre las innumerables imperfecciones del sufragio popular, hay que colocar en sitio preferente aquella de que nunca ha servido para elegir sino políticos más o menos profesionales. Y nadie desconoce lo que esto significa. De cada mil políticos, uno se atreve a poner el bien del país por encima de su interés personal o el de su partido. Y ya se sabe lo que a ese le sucede. La

LA VOLUPTUOSIDAD DEL PODER

política engendra una atmósfera espantosa que influye sobre los que en ella y de ella viven de tal modo que pierden el exacto concepto de los valores éticos. Es una especie de narcótico que obra directa y exclusivamente sobre el órgano del juicio moral.

Como Hugo Silverfield no presentara nuevas objeciones, lo que parecía indicar que estaba convencido, Ernesto Marbi continuó, en franco empeño disertante:

—Desde luego, hay muchas clases de políticos. La más interesante, también la más temible, es la de aquellos ambiciosos que buscan ejercer dominio para experimentar la intensa alegría de mandar. Soñan los voluptuosos del poder. Es, para éstos, el gobierno lo que para un *virtuoso* su instrumento preferido. Sienten estos voluptuosos tal codicia de mando que se mezclan en todas las cosas, aun en aquellas en que no debieran. Son tan avaros de su poder que, para no desprenderse ni de sus más insignificantes prerrogativas, trabajan demasiado y se fatigan en exceso. Su mayor y más profundo goce consiste en saber que los acontecimientos penden de su mano. Saborean su situación como un manjar. Y si una excelente y firme educación moral no sofoca sus impulsos, concluyen fatalmente en tiranos. Como el jugador, como el mujeriego, estos voluptuosos sacrifican todo a su pasión. Sacrifican y se sacrifican, simulan y disimulan, desafían el peligro, se inclinan a tiempo y emplean a los hombres con un sentimiento semejante al que experimenta el arquitecto por los materiales con que construye un edificio. Como todos los viciosos, son cruelmente egoístas. Como su dicha es mandar, ejecutan y hacen ejecutar continuamente, se multiplican, están en todas partes, y si tienen talento y amor a la gloria, llevan a cabo obra de provecho. Una obra no es para ellos más que un pretexto para ejercer dominio. No quieren amigos, sino servidores; para conseguirlos halagan a éste, prometen al otro, al que más allá fingen afecto, y al que no pueden ganar mediante halagos, promesas o cariño, procuran inspirarle miedo. Incurren en contradicciones. No aman las ideas, pero afirman amarlas, convencidos de que este es un medio para cazar imbéciles. Aquí son musulmanes, allí cristianos, y si fuera indispensable para dar satisfacción a su pasión violenta, bailarían una jota en una plaza pública cubiertos tan solo por un modesto taparrabos.

Hugo Silverfield, después de pagar lo que habían tomado él y su amigo, se puso de pie para marcharse.

—Vamos a mi casa — propuso el periodista.

—Vamos.

Echaron a andar por la avenida. En la esquina de la calle Piedras se encontraron con Carlos del Pozo. Ernesto Marbi se apresuró a saludarlo. Hugo Silverfield aprovechó la oportunidad para despedirse, disculpándose por no acompañar hasta su casa, como había convenido, al redactor de *La Noticia*. Este se quedó conversando con el facultativo, a quien desde hacía varios meses molestaba, pidiéndole cartas de presentación, recomendándole enfermos y sacándole dinero.

—Debo ir a ver a Juvenal Reyser, que me ha llamado por teléfono — dijo Carlos del Pozo, al cabo de un rato de charla.

Estrechó la mano al periodista y subió en el primer automóvil de alquiler que pasó desocupado. Dió la dirección al *chauffeur* y se acomodó en el asiento. Cerró los ojos y meditó. Todo su pensamiento se concentró en Horacio Garza, el humilde cronista parlamentario de *La Era*. Aquel hombre le arrebatava a Rosa de Marbi, a la única mujer que había conmovido hondamente sus entrañas a la que daba razón de ser a su existencia de solterón cansado y aburrido. El no había visto nada ni sabía nada en concreto; pero sentía que iba perdiendo la pequeña afición que le tuviera la ardiente joven deliciosa. Ya no le prodigaba ella sus caricias en aquella forma delirante que hacía suponer que eran infinitos sus anhelos, sino que se le ofrecía de una manera mansa y casi helada, como si de amante hubiera pasado a la grave condición de esposa. El estaba dispuesto a compartir el imperio de aquel cuerpo con Ernesto Marbi con Horacio Garza, con cualquiera; pero quería que la preciosa mujer representara la comedia del amor, con toda la vehemencia y toda la voraz sabiduría que debía a su experiencia, a su imaginación y a su temperamento. El, que antes gozaba intensamente de esa ansiosa orgía de los ojos que son en ciertos días las calles de Buenos Aires, llenas de mujeres hermosas, no quería mirar más que a aquella joven de pupilas espectrales y negrísimas que con sus besos le sorbía la dignidad y la vida. Comprendía que por su pasión estaba descendiendo y estaba perdiendo hasta la vanidad, que, como dice le sabiduría popular de la esperanza, es lo último que pierden los seres humanos.

Entregado a esas tristes reflexiones estaba, cuando llegó frente a la casa de Juvenal Reyser, situada en un trozo sombrío de la calle Amenábar, en el barrio de Belgrano. Al bajar del automóvil, vió a una dama que salía de la residencia del político por una puerta excusada. Guiado por esa curiosidad morbosa que distingue a los

viejos enamorados, gentes, por extraño fenómeno psicológico, tolerantes y celosas, miró fijamente a la aludida dama. Tranquilizóse, al reconocerla. Era Carmen de Rigau.

VI

Juvenal Reyser no estaba satisfecho. Desde hacía varios días había podido comprobar que el sentimiento que Marta Rigau experimentaba por él habíase modificado. Marta Rigau admiró desde su cercana adolescencia a aquel orador eminente que, apenas inició su carrera pública, se destacó entre los políticos de su época. Esa admiración había ido convirtiéndose, lentamente, en un afecto sincero que quizás con el tiempo llegaría a tener la profundidad del amor. Juvenal Reyser, experto explorador de las almas, seguía con interés este secreto proceso. De repente, advirtió que la bellísima muchacha iba pasando de la admiración al desvío, del cariño a la indiferencia. Pronto supo la causa de este cambio. Marta Rigau había conocido en un baile en el Tigre a Horacio Garza. La franca mirada de pasión del inteligente cronista, su mansedumbre de resignado, sus maneras de abate, la tristeza que revelaba su rostro y, sobre todo, la irresistible atracción que le caracterizaba, tocaron el corazón de la joven. Juvenal Reyser vió el peligro de que la presa se escapara y decidió realizar ingentes esfuerzos para eliminar todas las probabilidades de fracaso. Pensó, primero, poner a la madre de su parte y, después, alejar a Horacio Garza. Al efecto, dió una cita a Carmen de Rigau y rogó a Carlos del Pózo que le hiciera una visita.

La entrevista con la aun hermosa señora fué sumamente cordial. Conociéndola con intimidad conyugal por casi una década, para el político el alma de la dama era de una singular transparencia. Empleando un tropo que le era grato, cabe afirmar que era un buen piloto en aquella ensenada. Hasta entonces, no por un resto de escrúpulos, sino por un natural temor de perder a una amante presente y a una esposa futura, no había querido él comunicarla su proyecto; pero las circunstancias obligábanle a obrar enérgica y rápidamente. Fué de una habilidad maravillosa. Se insinuó débilmente; mas una vez descubierto su propósito puso en acción todos los recursos que le dictaban su ingenio, su astucia y su larga experiencia. Tuvo que vencer resistencias tenaces. Hizo juramentos de amor que no sentía

y usó sabiamente del poder de su verbo y de la elocuencia eficaz de sus caricias. Triunfó. Carmen de Rigau se comprometió a prestarle su ayuda para la conquista completa del espíritu de su hija.

Mas no era sólo la involuntaria intervención del pobre Horacio Garza lo que a Juvenal Reyser preocupaba. Algo más grave, porque resultaba irremediable, inspirábase hondas meditaciones. A pesar de innumerables tentativas, no le había sido posible obtener los doscientos cincuenta mil pesos con que prometiera a Anthony Silverfield contribuir a la financiación del importante plan ferroviario. Este fracaso, uno de los pocos de su vida, le causó un gran descontento. El había imaginado comprar con aquella suma una importante cantidad de acciones, las cuales, oportunamente vendidas, proporcionaríanle una considerable ganancia. No era él hombre de abatirse por tan poco, pues, a semejanza de todos los fuertes, era bastante supersticioso y abrigaba una fe ciega en su misión y en su buena fortuna, y se dió a cavilar sobre la mejor manera de lograr un beneficio de su insuceso. Quizás aquello, después de todo, no era más que un aviso del destino para indicarle que iba por un sendero equivocado. ¿Variaría de fines? Ya había informado a algunos colegas de la cámara de que se opondría a que se aprobara la concesión solicitada por Anthony Silverfield. Era casi seguro que Sancho de Luis apoyaría la solicitud. ¿Presentaría una oposición seria al comentado proyecto, sin considerar que su rechazo implicaba la ruina total para el banquero? Lo resolvería a su hora.

Un criado condujo a Carlos del Pozo al escritorio de Juvenal Reyser.

—Aquí me tiene usted.

—Crea usted que le agradezco sinceramente su venida.

—¿Necesita usted al médico o al amigo?

—Al amigo. Al médico le conozco demasiado.

Acompañó Juvenal Reyser este epigrama con una sonrisa y añadió:

—Usted sabe que yo he decidido morirme de vejez. Descartando al facultativo, ruego al amigo que me responda con la franqueza que corresponde a nuestra antigua vinculación. ¿Conoce usted a Horacio Garza?

—Se puede averiguar la razón de la pregunta? — exclamó Carlos del Pozo, con un leve estremecimiento.

—Por supuesto — contestó el político, resuelto a mentir. — No ignorará usted, pues algunos de mis colegas han sido indiscretos, que yo he adoptado una actitud hostil a la concesión ferroviaria que se

discutirá en breve en la cámara, no obstante mi estrecha amistad con el autor del pedido. Ese ferrocarril no es indispensable por ahora; en cambio hay otros más importantes cuya construcción no debiera ser aplazada. Si hay gentes en el país dispuestas a facilitar capital para esta clase de empresas, que el gobierno tome la iniciativa y aproveche la circunstancia. En este caso, no he tomado en cuenta para nada mi amistad con Anthony Silverfield. Los intereses de la nación están por encima de todo motivo sentimental. Pues bien; sucede que este señor Horacio Garza se ha puesto de acuerdo con otros periodistas, cuya voluntad ha sido ganada no sé por qué medios, para efectuar una campaña de prensa en favor del innecesario proyecto. Ahora comprenderá usted por qué le pregunto si conoce a Horacio Garza.

—¿Desea usted que yo le disuada de que haga la campaña?

—Eso quiero. Por lo demás, la cosa es fácil. Como usted lo ve frecuentemente en casa de Rosa de Marbi, bastará que un día de éstos le diga que en Buenos Aires hay personas enteradas de lo que ocurrió hace veinte años en "Los Juncos". (*)

—Y qué fué ello?

Juvenal Reyser miró sorprendido a Carlos del Pozo antes de responder. Luego dijo:

—¿No recuerda usted la noche en que Amalia de Vegairene nos contó su historia? ¿Ha olvidado que el joven incestuoso se llamaba Horacio Garza? Como en política todo sirve, y la crónica escandalosa no es lo que sirve menos, yo he guardado fielmente este hecho en la memoria.

Carlos del Pozo estaba emocionado. Acababa de conseguir un arma formidable contra el manso cronista parlamentario, cuyo único delito era su buena suerte con el sexo débil. El destino incurre en estas contradicciones, haciendo que la dicha de un hombre sea precisamente la causa de su desdicha. El talentoso médico sentía un hondo regocijo, por aquello de que siempre nos place tener un arma contra alguien, aunque no estemos dispuestos a hacer uso de ella. Y empujado por este sentimiento, no pudo contenerse. Prorrumpió:

—Yo también tengo que vengar agravios de ese periodista.

El jefe del partido popular estuvo a punto de advertir que él no había hablado de venganza; pero se dominó, esperando penetrar hasta el fondo del pensamiento del facultativo.

(*) Léase "El Instinto".

—Este hombre — continuó Carlos del Pozo, con menor vehemencia — ha venido a mezclarse en la modesta felicidad que me proporcionaba mi última aventura.

—¿Ama también a Rosa de Marbi?

Carlos del Pozo no contestó a esta pregunta. Dijo:

—El amor es un gas deletéreo que rodea al mundo como una mortaja. Hay quienes no sufren su influencia y forman la innumerable legión de los que no aman nunca. Otros, en cambio, sienten constantemente sus efectos y yo soy uno de esos, por desgracia. Tanto se sufre su maldita influencia que llega un instante en que se está saturado por completo. Infeliz del que entonces obtiene una mujer hermosa.

—Curiosa teoría.

—Ya sé que es un disparate; pero los que se hallan en mi situación inventan cualquier cosa para justificarse.

—¿Es acaso indispensable justificar el amor? Pero... Siga usted. Siempre es interesante escuchar a un enfermo inteligente disertar sobre el mal que lo consume.

—Estoy fuerte, loca, rabiosamente enamorado de Rosa de Marbi.

Juvenal Reyser fué esta vez el emocionado. El médico era una pistola cargada pronta a disparar sobre el infortunado periodista. Era solo cuestión de tocar oportunamente el gatillo. Como se ve, la suerte venía a favorecerlo. Eran estos hechos y la frecuencia con que se producían, la causa de que en ciertas horas surgiera en su espíritu un recóndido sentimiento de modestia. Afirmábase, además, por eso mismo, su creencia en la predestinación. Se nace para algo: ese *algo* puede ser un imperio o una cocina. Para mayor perfección, el destino dota, al que lleva en sus hombros, de las condiciones indispensables para el desempeño de la función que le depara. Al pensar así, Juvenal Reyser se volvía, humildemente, fatalista como un musulmán, y su alma, por un fenómeno lógico, alquiritría la fuerza y la violencia de una catapulta. La fe en sí propio es un fanatismo como otro cualquiera.

—Amo a esa mujer — prosiguió Carlos del Pozo — con un ardor diabólico, en que se mezclan de modo inexplicable una curiosidad semejante a la que experimentaba cuando era niño y desconocía todas las cosas y una curiosidad malsana de viejo libertino, ansioso de descubrir placeres nuevos. Ignoro si es mi pasión insaciable que me engaña o si es una ciencia perversa innata en ella, lo cierto es que esa mujer pasa cada día por una renovación. Y es el anhelo de ver el nuevo sér que se encarna diariamente en ella lo que a esa joven

me ata de modo indestructible. Con frecuencia reacciono contra esta pasión dominadora y humillante, y me digo que no hay mujer que valga los trabajos que cuesta, y resuelvo olvidar, aunque para conseguirlo séame necesario abandonar el territorio de la república.

—Ni siquiera por motivo tan grave tiene usted derecho a alejarse del país. El hombre de mérito que se expatria debe ser considerado como un desertor.

—Pero mi resolución no dura ni un minuto. El recuerdo de los hechizos de Rosa de Marbi se alza en mi mente y mi voluntad se desmorona. Pienso que, dadas la inutilidad de la vida humana y la falta de finalidad trascendente tanto del bien como del mal, es una majadería sacrificarse, privándose de lo único positivo, que es el goce. ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? Simples conceptos inventados por el egoísmo de la sociedad, egoísmo que no es ciertamente para mí más sagrado que mi individual egoísmo. Si el mal me hace feliz, ¿por qué no he de ser malo? ¿Por qué he de preocuparme de esa cosa abstracta que es el bien, si para mí el bien es mi dicha personal?

—¿Y el desprecio de sus semejantes?

—Si soy dichoso, me río de ese desprecio. Y después de muerto... ¡no me importa!

Al pronunciar estas palabras, el médico se encogió de hombros con tanto energía que Juvenal Reyser quedó sorprendido. Aquel movimiento reveló con más elocuencia el estado de ánimo del facultativo que todas sus disquisiciones. Carlos del Pozo continuó defendiendo el terrible amor que había hecho presa en su alma, penetrando cada vez más, por la audacia de sus reflexiones, en el campo del dislate. Su interlocutor le escuchaba sin oír, pues al fin perdieron para él interés los locuras de aquel corazón degradado.

VII

Eran las cuatro de la tarde. Llovía torrencialmente. Las calles de la ciudad ofrecían un espectáculo bastante desagradable, aunque pintoresco. Los transeúntes a quienes la dura necesidad obligaba a desempeñar, no obstante el mal tiempo, sus cotidianas tareas, marchaban rápidamente bajo el inútil paraguas que apenas les

defendía la cabeza. Otros, menos afortunados, corrían bajo el cielo inmisericorde, buscando el mentido abrigo de los muros. Algunos, más optimistas, refugiados en los umbrales, aguardaban que el aguacero disminuyera en violencia. En los rostros se advertía la dulce expresión que imprimen los días inclementes, fenómeno que ya observara Leonardo de Vinci.

Rosa de Marbi, en su comedor y cómodamente sentada cerca de una ventana, miraba hacia la calle. Los paraguas le inspiraban un símil vulgar: negros y brillantes por el agua, eran como una espontánea generación de hongos del infierno. Los días de lluvia predisponen a la indolencia y su actitud respondía a esa predisposición, lo que, por lo demás, no era raro, dados su temperamento y las fatales inclinaciones de su espíritu. Tenía un libro abierto en el regazo y sobre él puesta la mano. La fina y pálida mano se destacaba sobre la blanca página como una flor de marfil sobre el raso de un estuche. Los rubíes que adornaban sus dedos, cuyas puntas se erguían en obscura aspiración hacia los cielos, tomaban tintes sombríos en la penumbra de la hora y de la estancia, dando una nota trágica al conjunto. Cuatro rubíes eran y sobre aquella blancura entenebrecida por la ausencia del sol, hacían pensar — debido esto sin duda a la influencia entristecedora de la lluvia en las almas — en cuatro gotas de la sangre de un ajusticiado caídas en el pañuelo de una enamorada.

La bella mujer era víctima del aburrimiento, que es mal frecuente en las personas de su sexo. Una frase leída en el libro que tenía ahora en el regazo, hábiale recordado un soneto mediocre que le dedicara Carlos del Pozo, poeta de álbumes y abanicos, poco antes de que ella le perteneciera por entero. Y lo reconstruyó mentalmente:

Tres besos te he dado. Tres besos divinos.
 El uno lo puse sobre la alba cera
 De tu frente; el otro grabelo en los finos
 Hilos de azabache de tu cabellera.

El otro fué un fuerte beso de amoroso.
 Púselo en tu nuca, bebiendo el perfume
 De tu pelo suelto. Desde entonces gozo
 Pensando en los besos. Gozo y me consume.

El recuerdo de esos tres besos mortales
Y de ese perfume. Son como puñales
Que llevo en el alma. Perfume de herida

Hecha en rosas frescas es el de tu pelo.
Besos y perfume me abrieron el cielo:
Tú serás el culto de toda mi vida!

Al reconstruir estos versos incorrectos y un tanto incoherentes, Rosa de Marbi se preguntó si la afirmación estampada en la última frase no sería la expresión fiel de la verdad. Se contestó que sí y, como esto halagaba su vanidad de hembra vencedora, experimentó una intensa, aunque rápida, satisfacción. Ella no amaba ya a aquel hombre; mejor dicho, no le había amado nunca. Su diaria visita constituía casi una tortura, que en nada aminoraba el placer de ver a aquella celebridad rendida ni la menguada dicha de poder pisar en aquel corazón masculino como en tierra conquistada. Poseía, en su presencia un hastio inocultable. En más de una ocasión había resuelto poner fin a su miserable comedia y despedirlo para siempre; pero la contuvo el deseo de no privarse de la generosa ayuda del rico solterón y el natural temor de todo ser humano de tomar decisiones definitivas.

Carlos del Pozo entró sin hacer ruido y andando de puntillas acercóse a Rosa de Marbi y la dió un beso en el cuello. La mujer volvió el rostro y al ver a su amador no disimuló su desagrado.

—¿Por qué me recibes tan friamente? — dijo él.

—Me diriges con frecuencia ese réproche. Eres injusto, porque para tí soy igual todos los días.

—Es verdad.

En el acento del pobre hombre advirtiósese como el eco de una recóndita amargura. Ella pareció conmoverse y murmuró:

—La lluvia, el viento, la soledad me han puesto de un humor endemoniado. Siento también un poco de tristeza.

El sonrió, encantado, y, sacando del bolsillo una pequeña caja, dijo con cierta timidez:

—Mira lo que te traigo.

Abrió la caja y puso delante de los ojos de Rosa de Marbi un prendedor magnífico. Era una araña de platino cuyo vientre estaba

formado por un espléndido granate. Una pata delantera de la araña apretaba la espalda de una mosca de oro, el vientre de la cual estaba representado por una esmeralda hábilmente tallada. Todo ello reposaba sobre una delgada placa de acero trabajada admirablemente que producía la impresión de una telaraña verdadera.

—¿Te gusta? Es un capricho mío.

—No — repuso ella, cruelmente. — El rojo y el verde de las piedras forman un contraste detestable. El granate es una piedra de ningún valor que ya no se usa. Además, eso parece un símbolo.

El, acobardado, cerró la caja y la colocó sobre una mesa. Murmuró:

—Te traeré otra joya que sea más de tu agrado.

—Eso no me interesa. Quiero que me digas cual de esos insectos eres tú. ¿La mosca, esto es, la víctima, acaso? Aquí no hay más víctima que yo, que te doy parte de mi vida para satisfacer tus ansias permanentes.

Hubo un silencio angustioso. La mujer se levantó y, al hacerle el libro que tenía en las rodillas cayó al suelo. Lo apartó energicamente con la punta de su fina bota. Dió dos o tres pasos y se volvió bruscamente para decir a su amante:

—Estoy cansada. No puedo más.

Sus pupilas fulguraron desde el fondo de sus ojeras moradas. Carlos del Pozo estaba anonadado. Se sentó e inclinó la cabeza con un gesto de desesperación tan grande que habría inspirado piedad a una pantera; pero Rosa de Marbi no se conmovió. Cuando una mujer deja de amar, parece que con el amor perdiera el corazón. El infeliz se atrevió a balbucir:

—De modo que la hora tan temida ha llegado al cabo.

—¿La temías?

—Sí.

—¿Esa era la confianza que tenías en mí?

—Cuando se ama se teme siempre.

Sin escuchar esta reflexión, emitida débilmente, Rosa de Marbi añadió en tono firme como si hubiera encontrado una justificación incontestable:

—Hago bien. Tú has desconfiado de mí y no tienes derecho a quejarte. Y hago bien, sobre todo, porque no te quiero.

El hombre estaba inmóvil y callado.

—¿Necesitas que te lo repita? — gritó la mujer con encono.

—No.

Y Carlos del Pozo, por un resto de dignidad, se puso de pie y

salió. De la puerta de calle se devolvió. Había olvidado el sombrero. Creía el desgraciado que ella, arrepentida, aprovecharía esa circunstancia para arrojársele al cuello y buscar el perdón, acariciándolo. Creencia vana. Una voz sarcástica gritó desde lejos:

—¿Todavía?

Tomó el sombrero y con paso lento e inseguro, como el de un animal derrengado, cruzó el vestíbulo y el zaguán, y salió a la calle. Había cesado de llover. Caminó largo rato con el sombrero en la mano. "Ya se le pasará", pensaba. Marchaba como una sombra, sin dirección, sin conciencia, sin alma. Varias veces estuvo a punto de ser atropellado por automóviles y tranvías. Para que su vacío no fuera absoluto, en lo más hondo de su espíritu, como una estrella en un cielo sombrío, brillaba una recóndita esperanza: "Ya se le pasará". Uno a uno fueron desfilando por su mente los recuerdos de las horas gratísimas vividas a lado de la infame (así la llamaba en su amargura). Y la dulzura emponzoñada del recuerdo centuplicaba el dolor de su infortunio. Un amigo le saludó a distancia y no respondió. Un chicuelo harapiento le pidió una limosna y, maquinalmente, depositó en su mano una moneda. Así, sin rumbo, sin pesamientos, sin vida (¿se vive acaso cuando el objeto de la vida se ha perdido?), vagó, vagó, vagó. De repente se acordó de Horacio Garza y a él atribuyó su desventura. Sobre aquel pobre diablo de periodista descargó todo el veneno de su corazón despedazado, mezcla de dolor, de ira, de odio.

—No seré solo en sufrir. Me vengaré! — exclamó.

Algunos transeuntes le miraron, asombrados; otros sonrieron entre burlona y misericordiosamente. Se dirigió a la redacción de *La Era* y preguntó por Horacio Garza. Como no estuviera, solicitó su dirección, pretextando un asunto urgente. Después de vencer las dificultades que le opusieron para dársela, y de obtenerla, consiguió que le indicasen un café cercano, al cual era asiduo concurrente, donde posiblemente lo encontrara. Fué allí y no le halló. Entonces, resuelto, rabioso, exasperado, se encaminó al domicilio del cronista. Estaba.

Horacio Garza, sorprendido por visita tan intempestiva, y considerándose honrado por la presencia en su casa del médico ilustre, recibió a éste con amabilidad exagerada, rayana en servilismo. Carlos del Pozo, sin preámbulo, venciendo su repugnancia por actos de este género, acusó al periodista de arrebatarle su única felicidad. Fué cruel, fué perverso, fué brutal. Con la delectación incomprensible del asesino que hunde dos, cuatro, cien veces el puñal en una misma

Herida, aquél enajenado dijo todo lo que se había propuesto. Con una inaudita, con toda la emoción de un rencor profundo que halla al fin el modo de manifestarse, dando a las palabras la cualidad mortífera y criminal de yataganes envenenados, con la entonación de los odios intensos, dijo todo lo que sabía, y concluyó amenazando a su víctima con publicar aquella infamia si volvía a cruzarse en su camino.

Horacio Garza, tímido y cobarde, al recibir tan formidable descarga de ira, quedó como un hombre arrollado por una montaña. Fué un verdadero aplastamiento. Mudo, inmóvil, abatido, no desmintió un solo momento su triste condición de resignado. Se apartaría. ¿Qué podía intentar contra aquel ciclón?

El facultativo, que en su demencia había perdido toda penetración psicológica, tomó el abatimiento del periodista por la fuerte tranquilidad de los valientes reflexivos. Prodújose en él un fenómeno ordinario. Sus nervios, tantas horas en tensión, se distendieron y un infinito temor de que Horacio Garza no quisiera abandonarle a la detestable mujer idolatrada, se apoderó de su ánimo. Inició un ruego, una plegaria, una humilde oración de mendigo, pidiendo que se le dejara a la mujer como una limosna. Habló de su alma subyugada y destrozada, manifestó que Rosa de Marbi era su pasión postrera y única, a la que consagraría los años que restaban de su vida; que su existencia no tenía objeto sin la joven deliciosa; que su aspiración era gozar de la dolorosa felicidad de amar sin ser amado; que si nadie interviniera entre ella y él, ella le despreciaría, pero lo toleraría, y él se conformaba con ser tolerado.

Mientras escuchaba este lamento, Horacio Garza pensaba amargamente que Carlos del Pozo había por lo menos disfrutado de los placeres de vanidad que da la fama y que para él la dicha había sido siempre una ambición inaccesible. Sin embargo, él, el condenado a desgracia perpetua, era quien debía ceder en este caso. Bebió cicuta, mas se resignó con su destino. ¿A qué resistir? ¿No es la resistencia causa también de pesares? Expresó:

—Tranquílicese usted. Me iré de Buenos Aires

Aun pudo ser lo bastante indigno para dar al pervertido solterón algunos consejos. Conversaron largamente, y al cabo, aquellas dos almas en ruinas se separaron en buenas relaciones. Carlos del Pozo salió del domicilio del cronista, desencajado, aturdido, como un alienado después de una crisis. Estaba descontento de si mismo. Se daba asco; pero en medio de sus náuseas, allá en un oscuro rincón de su corazón desolado, se alzaba el ansia incontenible de volver a

ver a la culpable de tanto dolor y tanto desventura. Su conciencia, antes aletargada, despertó para condenarlo y para clamar por ella, la aborrecida inolvidable.

Al quedarse solo, Horacio Garza meditó. Se reprochó su conducta desdolorosa, pero se consoló rápidamente. ¿Qué iba a hacer en presencia de aquella fiera enloquecida? Por otra parte, desde hacía muchos meses había proyectado realizar un viaje y probar fortuna; lo efectuaría ahora. El pobre hombre, que carecía de resolución para luchar, la tenía, para obedecer. Se iría. Quizás en otras tierras la suerte sería menos dura, quizás hastiado de golpearlo, le dedicaría una de sus cálidas sonrisas. Y, animado por esta dulce esperanza, se puso casi alegre.

Rosa de Marbi llegó en ese minuto. Venía a contarle que había reñido con el médico y que, habiendo rechazado definitivamente sus pretensiones (porque ella no dijo nunca a Horacio Garza que había hecho a Carlos del Pozo el divino presente de su cuerpo), estaba en condición de ofrecerse por completo a él, que siempre se mostrara algo celoso. El la acogió con la suave afabilidad que era su característica. Después de un rato en que ella hablara sin descanso, él la informó de su propósito. Dijo que, no sabiendo a que apelar en Buenos Aires para asegurarse el porvenir y no deseando llegar a la vejez en situación tan mísera, había decidido marcharse a cualquier parte, a buscar nuevos medios de ganar la subsistencia. Manifestó que no quería seguir siendo periodista, pues el periodismo, en la forma anónima acostumbrada en la Argentina no era útil más que a unos cuantos audaces o políticos que sabían aprovecharse; que estaba cansado de fabricar reputaciones a gentes sin méritos, hambrientos de aplausos y elogios; que el ambiente periodístico, con raras excepciones, era sencillamente detestable; que estaba convencido de que, cuando su cerebro se agotara o concluyera su energía para el trabajo, no se le admitiría en ninguna empresa de publicidad y se le dejaría en la calle como una piltrafa pisoteada; que la existencia de los diaristas era peor que la del obrero, pues, no habiendo solidaridad ni espíritu de cuerpo, no se había hallado la manera de asegurar su ancianidad o su decaimiento prematuro, y que, finalmente, prefería vender tabaco en una esquina a continuar escribiendo insulsas crónicas, que el público devoraba porque es necio.

La mujer le escuchó atentamente y le encontró razonable; a pesar de ello, trató de disuadirle.

—No es absolutamente indispensable que te vayas, pues aquí mismo puedes encontrar otro camino. Aún estás en edad de con-

batir y de vencer. Eres sano e inteligente. Es sólo cuestión de voluntad.

— Quiero cambiar el curso de mi vida y para conseguirlo, debo cambiar el escenario. En otro sitio no tendré vínculo alguno y los que adquiriera pertenecerán al medio donde me toque actuar. Careceré de amistades y compromisos. Seré libre.

— ¿Eres capaz de abandonarme?

El rostro de Horacio Garza se ensombreció. Para irse se iba a ver obligado a luchar contra el furioso egoísmo de aquella hembra subyugante. ¿Luchar? La palabra hacía temblar al desdichado. Era indispensable sin embargo. La actitud de Carlos del Pozo no permitía dudar sobre sus intenciones y la publicación con que lo había amenazado era cosa que él no se sentía capaz de soportar. Contestó tímidamente:

— Yo no te abandonaré, porque mi corazón estará siempre contigo.

Por esta frase comprendió la joven que los motivos de la partida de su amante eran extremadamente poderosos, pues de otro modo él no se atrevería a ofrecerle resistencia. Deseó, no obstante, intentar convencerlo de que desistiera, para probar así su influencia sobre el espíritu de Horacio Garza. Puso en juego toda la fuerza de su verbo apasionado y la arrebatadora emoción de sus caricias. Tuvo la sublime elocuencia de la sinceridad, porque ella amaba ciegamente al periodista.

— Quédate, quédate — dijo para terminar y al mismo tiempo sus labios febriles le besaban suave, dulce, largamente en la frente, en la boca y en los ojos, su mano de seda pasaba por su cabeza despeinada en tierno ademán de hermana buena y su cuerpo se ceñía al de él en un inmenso anhelo de fundirle el alma, plasmándola a su antojo, por el fuego inaudito de su abrazo.

— No puedo, — pronunció él, enteramente dominado por el miedo al exasperado amor que antes con tanta crueldad le amenazara.

Prodújose un silencio prolongado. Rosa de Marbi libraba una terrible batalla consigo misma, en la que salió triunfante su vigoroso temperamento femenino. Las exigencias de la naturaleza, para bien de la especie, son incontenibles.

— ¿Y si yo me fuera contigo? — interrogó débilmente, aún un tanto vacilante.

Horacio Garza comprendió el alcance del sacrificio que ella llevaba a cabo, midiendo al par los inconvenientes que para él tenía

partir en semejante compañía; pero se sintió impotente para tratar de disuadirla y aceptó, resignado, la proposición.

Al día siguiente, por la noche, partieron los dos para Montevideo. Ernesto Marbi, contando el suceso a un amigo, concluyó con este comentario:

—Y yo que la quería tanto!...

Pedro Sordaniégua

La tercera y última parte aparecerá mañana.

Vea en el CINE de su barrio, la película:
“EL APÓSTOL”



Sátira política de palpitante actualidad.

150 exhibiciones consecutivas en el Aristocrático
“SELECT”. Son su mejor elogio.